

LO VASCO EN LA NARRATIVA DE RAUL GUERRA GARRIDO

Juan Cruz Mendizábal

RIEV. Revista Internacional de los Estudios Vascos
Año 40. Tomo XXXVII. N.º 2 (1992), p. 353-364
ISSN 0212-7016
Donostia: Eusko Ikaskuntza

Si Raúl Guerra Garrido es testigo de la transición, lo es con más razón del proceso vasco, de las características vascas, de la sociedad y problemática vasca de hoy. Desde 1970, año en que se publica *Cacereño* hasta 1990 fecha de su última novela *La carta*, Raúl ha dado un panorama completo de lo vasco en su novelística. Aunque podemos decir que cinco de sus novelas tratan de forma amplia lo relacionado con lo vasco, en todas sus novelas se hará referencia a alguna característica vasca, sea personal, industrial o ambiental. Lo vasco lo lleva Guerra Garrido muy dentro, mucho más dentro de lo que algunos euskaldunes puedan pensarlo. Raúl, lo ha dicho muchas veces, es vasco por elección, no por circunstancias accidentales de nacimiento y como tal aboga sus derechos. Como escritor vasco trae a sus páginas la esencia vasca, no la poética y bucólica región vasca sino el hombre y la mujer vascos con sus problemas y circunstancias vascos, con su manera peculiar de ser vascos. Desde Lizarraga hasta Antxón, desde Ramondegui hasta Luis. Desde Pepe recién llegado al País Vasco en *Cacereño*, hasta el Pepe de *La carta*, crecido e inmerso en la vida vasca, vasco por elección y trabajo.

Nos podríamos preguntar en qué consiste la realidad vasca, la esencia de lo vasco. No es algo que se percibe en el paisaje, en lo exterior de la persona. No nos referimos a la descripción emotiva del campo que trepa por las laderas de las montañas teniendo al caserío como vigía y testigo del hombre vasco con su boina un tanto inclinada a la izquierda, su paraguas y la camisola o la mujer vasca empañoletada y dispuesta al trabajo, al cuidado de la casa, digna etxeko-andre. No es esto lo esencial; quizás sea motivo de exportación o inspiración de artistas. Raúl, por el contrario, en nada de esto halla la raíz de lo vasco. La verdad es que se ve poco de esto. Hoy día el vasco, en apariencia tan semejante a cualquier grupo nacional o extranjero, mantiene esencias que lo distinguen de los demás. El campo, difícil de cultivar por la geografía del terreno y el mar siempre lleno de sorpresas inesperadas forman en el vasco un temple distinto de otros. Su manera de ser y de creerse, distintos y únicos, los enorgullece, a veces, hasta el extremo xenófobo. Su orgullo les impide aceptar con los brazos abiertos a quienes buscan seguridad y trabajo dentro de sus fronteras. Sólo reconocen como cualidad aceptable en cualquiera su dedicación y eficacia en el trabajo. El vasco tradicional y obstinado tiene su puesto en la novelística de Raúl; el vasco enfrentado a la nueva tecnología, experiencia y constancia frente a electrónica y rapidez. El vasco enfrentado a su propia sociedad y encabritado ante el Estado por injusticias pasadas y presentes glorificadas por principios de liberación y por medio de la opresión. El vasco de ayer y de hoy. El vasco de siempre; la esencia de lo vasco en la manera de pensar y de actuar del hombre y de la mujer vascos. Por los cientos de páginas-testigo que Raúl ha dejado escritas en su narrativa pasea el vasco industrial, el obrero, el omnipotente vasco, el ajusticiado, el valiente y seguro pescador vasco; el terrorista y el aterrorizado vasco; el normal y constante vasco sea ciclista o vendedor de armas. Una gama extensa de personajes que en conjunto nos dan una imagen bastante completa de lo vasco.

¿Lo vasco está en lo euskaldun? ¿Hay algo más que le hace a uno ser vasco y compartir lo vasco? ¿Queda en exclusiva la esencia de lo vasco para los nacidos, criados y educados en la lengua vasca? ¿En qué categoría entran los que nacidos en otras regiones de España o del mundo decidieron por sí mismos ser vascos? Raúl no se hace estas preguntas en sus novelas pero el contenido de ellas ronda por estas y otras preguntas semejantes. La exposición es tan clara que no es necesario hacerse tales preguntas. La tesis brota espontánea de la narración. En *Cacereño* nos encontramos con Pepe al que le cuesta romper el cinturón de hierro de lo vasco. Decidido a triunfar, sólo su constancia, dedicación y eficacia en el trabajo le darán un grado de aceptación por parte de los cerrados y tradicionales vascos de Eibain. El matrimonio con Izaskun será un punto positivo pero no la puerta que se abra a la aceptación del "extraño". La niña, Maite, será el broche de oro que le abre a él el horizonte de lo vasco aceptando incluso la lengua que tantas veces había rechazado incluso pronunciarla. Pepe, el cacereño, se adapta de lleno al ambiente vasco y aunque no entabla amistades muy íntimas con muchos vascos, lo vemos veinte años más tarde, en *La carta*, entre los industriales y comerciantes de San Sebastián. Sabemos que entró de lleno en la esencia de lo vasco y que hasta fue víctima del terrorismo. Raúl no ha olvidado a uno de sus primeros personajes que, como él mismo, eligió ser vasco y vivir en San Sebastián con todas las consecuencias que pudiera traer el vivir allí entre los años setenta y noventa.

Lizarraga, triunfante en *Cacereño*, Lizarraga padre de Eibain, es el espejo del vasco industrial que todos conocemos en los distintos pueblecitos del País Vasco, sea Zumárraga, Tolosa o Eibain. El industrial poderoso, lanzado al desarrollo y sin preocupaciones ni escrúpulos llegando a la cima de la fama y de la admiración. Industrial potentado que en *Lectura insólita de 'El Capital'* tiene un revés obrero y lo secuestran física y mentalmente. El problema vasco, es problema social. Se gloriaba el pueblo vasco de ser demócrata hasta los tuétanos, que los superiores medianos e inferiores podían convivir en un mismo lugar, fuera éste el campo o el bar, el trabajo o el orfeón. Las diferencias económicas se dejan sentir y el secuestro de Lizarraga es la manifestación del desencanto, de la protesta y del enfado obrero explotado por el "bondadoso" señor. Imagen que se reproduce en la figura de Garaialde, en su imperio despótico de Málaga. Garaialde goza de la pomposidad de su nombre y de todo lo que consigo lleva de poder y dominio. La gente que le rodea está ahí para alagarle, para que la mirada del omnipotente se pose en ellos y los bendiga para siempre con su amistad. Garaialde como Lizarraga se jactan de su poder basado en la constancia del trabajo, virtud vasca por excelencia. Trabajo que fue humilde en sus comienzos y que luego trascendió los límites de la humildad para subir a la categoría de potencia industrial. Ambos están rodeados de fieles perros incapaces de ladrar a su amo pero feroces para quienes intenten hacerles daño. Tanto en *Lectura insólita de 'El Capital'* como en *La costumbre de morir* hay una rebelión. Los motivos son distintos pero tienen como base el mismo abuso del grande sobre el pequeño. Si los obreros se rebelan contra Lizarraga y un grupo revolucionario lo secuestra provocando este incidente una variedad de opiniones dentro de la Factoría número 2, también en la finca de verano de Garaialde se organiza una revolución a manos de Gorka, nombre ficticio que cubre el auténtico nombre de Gonzalo, joven vengativo, decidido a hacer pagar la muerte de su padre en Eibain cuando era un número de la Guardia Civil. Aunque Garaialde no es culpable de tal acto sino Ramondegui caerá éste y sufrirá el otro las consecuencias del poder omnipotente. Los dos grandes resultan víctimas de una rebelión, de un deseo de venganza y de revancha individualizada en el caso de Lizarraga en el hijo de su amigo, el otro Jenti y en el de Garaialde, indirectamente, por Gorka, víctima de la intransigencia vasca y de la pistola de Ramondegui.

Si en *Cacereño* se plantea la intransigencia vasca hostil a los cacereños, a todos los que vienen a trabajar en el País Vasco, en *Lectura...* se hacen más íntimos los problemas vascos.

No es el ser o no ser abertzale con una cadena interminable de apellidos vascos que confirman lo genuino de la raza, sino que se trata de una lucha clasista; se le acusa al potentado de ser insensible a las necesidades del obrero; se le acusa de explotarlo, de des-humanizarlo. En *Lectura...* se enfrentan los vascos entre sí, y los cacereños se unen ala denuncia del opresor acaudalado. En *Cacereño* los no vascos mostraban miedo a expresar sus opiniones. Si alguien salía despedido sería primero el cacereño. En *Lectura...* el cacereño está inserto en la problemática social, sabe a dónde le lleva su protesta y el enfado. No obstante da sus opiniones.

El problema vasco es problema de enfrentamiento al dueño y señor. Las diversas opiniones recopiladas en la novela nos hacen pensar en la variedad de opiniones y apreciaciones que el obrero tiene. Los hay que reconocen el mérito de Lizarraga, padre del pueblo, el que ha traído la industria y con la industria la inquietud obrera.

Raúl Guerra Garrido nos deja entrever la problemática vasca por medio de ciertos personajes, lugares y situaciones que nos llevan en persona a compartir los sinsabores lo mismo que el encanto de la geografía física y humana. Entre *Cacereño* y *Lectura...* escribe Raúl tres novelas que nos recordarán el acontecer del pueblo vasco. *¡AY!*, *Hipótesis* y *Pluma de pavo real...* Los comentarios que se oyen acerca del pueblo vasco son preces al pueblo que ha sabido mostrarse valeroso en política y economía. Pueblo responsable y trabajador, modelo de voluntad y energía. Hasta en *Hipótesis* aparece el ciclista de Eibain que se alza con la victoria de la Vuelta a Francia. El tipo de vasco que no se conforma con agachar la cabeza y servir de escalón para que suba el todopoderoso de la industria vasca. Solo, libre, pedaleando y escapándose del pelotón brilla en la cima de la victoria alcanzada por su esfuerzo personal, individualista, frente a la fuerza poder concentrado y organizado por el todopoderoso Lizarraga. “No hay cosa como disfrutar el poder para ser partidario de concentrarlo”, dice José Miguel de Azaola en *El País Vasco* (p. 439) y es precisamente lo que refleja Raúl en las novelas *Lectura...* y *La costumbre de morir*. En *Lectura* vemos hacerse el poder creando la Factoría n.º 2 y el desencanto social de semejante poder. En *La costumbre de morir* se nos revela el omnipotente rodeado de sus adoradores y coros de ángeles y arcángeles que alimentan su ego adulándolo, doblegándose a sus caprichos. Nadie puede ni tan siquiera intentar ganarle en el juego de la pelota, a montar acaballo o en cualquier otro entretenimiento. Tiene que ser *el mejor*. Todos se doblegarán ante su indomable carácter y ante su inflexible voluntad. Se ha llegado a la altura en que ésta se debe única y exclusivamente a su tenacidad, constancia y decisión. Constante trabajo desde niño, época en que carecía de todo pero supo dar con la varita mágica que transformó en oro cuanto tocaba. Esa varita mágica era el temperamento vasco que funciona por igual en el sur de los Estados Unidos, en México, en Argentina o en Eibain. Su energía y el disfrute del poder acabarán dándole el halo de omnipotente señor que, como lo describe Raúl, está impuesto “en su papel de sumo pontífice, imparte la bendición ongi-etorri, urbi et orbe. Es un hombre feliz.” (LCM, 152). Así es Garaialde y así es Lizarraga. Lo que pasa es que no todos acatan su sumo pontificado y rompiendo las sagradas vallas de la tradición irrumpen en el escenario llevándose secuestrado a Lizarraga y dejando en llamas la propiedad de Garaialde.

Otro aspecto del carácter vasco, más sencillo y en apariencia, sólo en apariencia, menos poderoso, es el que Raúl nos describe en el personaje Antxón de *La mar es mala mujer*. Aquí como en los otros dos grandes, Lizarraga y Garaialde, Antxón nos revela su constancia y decisión en alcanzar un sueño que nadie lo ha conseguido. También él empieza a labrarse la vida desde pequeño en las faenas que a un niño corresponden en la faena de la pesca y conforme va creciendo, aumenta su confianza en lo conocido por experiencia y por lo re-

transmitido por sus mayores en lo desconocido. Antxón conoce los misterios y los secretos del mar y no se deja vencer tan fácilmente. La persistencia será su virtud característica como buen vasco. Las victorias obtenidas contra el mar crean en él un mito que lo hace ser respetado por sus compañeros de faena, los pescadores que a diario salen a luchar con lo que el mar les depara.

Antxón es el vasco reservado y testarudo, desconfiado y suspicaz. las nuevas técnicas de pesca lo único que producen son señoritings que se creen conocedores del mundo entero, cuando a la mar se la conoce tratándola a diario, adivinando sus caprichos y secretos, rasgando sus misterios igual que ala mujer. Por eso Antxón se enfrenta a Errandonea, experto en tecnología pesquera y apuesta con él por la mar y por la mujer. Sale vencedor Antxón. La experiencia cuenta mucho en el amplio horizonte de la mar. El corazón y los instintos amarrados a la experiencia son más eficaces que las sondas y ordenadoras modernas. El monstruo marino de las costas de Terranova no lo detecta la tecnología, lo detecta el instinto, el intestino. La tecnología abandona lo que no ve a primera vista. El instinto de Antxón lo hace permanecer en el mismo lugar pacientemente hasta que se hace con la pesca del siglo. Como Garaialde, Antxón es el omnipotente pesca, pero está a merced de la caprichosa mar, lo mismo que están ambos a manos de la caprichosa mujer. Antxón como Garaialde están acostumbrados a subyugar a la mujer ya hacerla suya por capricho o por amor. Antxon hace suya la mar navegando por sus caprichos. Es el clásico vasco práctico y comedido en palabras, amplio y largo en acción. Acostumbrado a mandar es incapaz de doblegarse a la nueva maquinaria, a la tecnología reinante.

En *Cacereño*, en *Lectura...*, en *La costumbre de morir*, y en *La mar es mala mujer* nos encontramos con el tipo vasco, por decirlo de alguna manera, tradicional, poderoso en su apariencia sencilla, aferrado al criterio de subir los peldaños del poder y de la riqueza con el esfuerzo personal y tenacidad inquebrantable y sin mirar demasiado a los que caen a los lados por la avalancha que arrastran camino del señorío. Pero alrededor de estas estrellas pululan un sin número de satélites que con el mismo sentir dan a la palabra *vasco* el sentido de responsable, tenaz, terco, así para lo bueno como para lo malo. Desde *Cacereño* se deja ver ya la inquietud obrera, las injusticias sociales, las reivindicaciones de los derechos humanos. No todos están satisfechos con la poderosa representación de Lizarraga, de Garaialde e incluso del mismo Antxón. Su dominio es tal que no hay espacio para los que les siguen. o se someten a su dominio o se enfrentan a su despótico poder. *Lectura...* es un buen ejemplo de ello. Hábilmente, Raúl ha dejado que cada uno vaya desahogándose ante quien los entrevista y el lector, sin darse cuenta, va adquiriendo lucidez ante el problema planteado. Va percatándose que existen serias diferencias donde antes no había ni sospecha de injusticias. Son tanto los vascos nativos como los vascos de adopción los que emiten sus opiniones y todos ellos se sienten obreros en Eibain representante del Pueblo Vasco. Gorka, como Pepe en *Cacereño*, se hace al ambiente vasco y *La costumbre de morir* nos señala los pasos que Gorka ha seguido hasta aprender a jugar a pala como buen vasco pasando como uno de ellos, sin serlo, con el objetivo final de matar al asesino de su padre. En Málaga, en la finca de Garaialde es donde demuestra su sensibilidad vasca, su tesón y constancia; años de preparación para cumplir su cometido: la muerte de Ramondegui. El aparente paraíso vasco que se translucía en las obras literarias teniendo el mar de frente y los montes de fondo, verde mar y verde pradera, cortinas de niebla y paz hogareña han desaparecido para dar paso al desconcierto, a la justicia reclamada, a la guerra contra el poderoso, a la revancha política, al miedo, al pánico, al terrorismo. Raúl Guerra Garrido ha captado los cambios políticos e internos del País Vasco desde el comienzo de su obra literaria hasta la última novela hasta la fecha escrita, *La carta*. Esta, es de ambiente vasco, San Sebastián de fondo. Se abre una

nueva faceta, el otro lado de la misma moneda, la del verdugo que juega con sus víctimas hasta destrozarla. *La carta* es el reflejo de una realidad desgraciadamente extendida en el País Vasco. La amenaza de muerte si no se siguen al pie de la letra las instrucciones dadas. Amenaza de muerte que se va haciendo palpable en cada página de la novela en las que el protagonista pierde día a día, momento a momento su esencia humana. Poseído del miedo, del pánico, del terror, enloquece por momentos. Todo lo que es más querido para él se derrumba. La fe en el hombre se desarraiga, aumenta la desconfianza en las personas. La familia se deshace, quiebran los negocios, se cierra el horizonte y todo cuanto le rodea es una plancha de acero que lo oprime. En nadie confía, ni en sí mismo. Anulado, aniquilado se lanza a un suicidio que pueda librarlo para siempre de semejante pesadilla. Ni eso le sale bien. Inmovilizado, sólo se comunica con movimientos de los ojos. Un ser humano destrozado a sus cincuenta años. Un hombre que eligió ser vasco y no lo dejaron. La omnipotencia ha cambiado de mano y ha cambiado de método pero sigue presente en el mundo vasco. Lizarragas y Garaialdes ejercieron su poder, su ¿terrorismo? Para algunos hasta terrorismo por sus injusticias abiertas u ocultas alimentadas de egoísmo. Los que ahora dominan lo hacen exclusivamente por medio del terror, de la destrucción de la mente. Si se pretendía un cambio, el cambio no se ha dado. El odio y la venganza jamás cambiarán la sociedad, únicamente el centro del poder. Guerra Garrido deja testimonio de estos hechos que azotan la vida del Pueblo Vasco. Pueblo Vasco que entre dudas, miedo, ignorancia y servilismo intenta salir adelante. Asunto complicado y confuso el vasco. Así se lo dicen a Juan Carlos, protagonista de la novela de Raúl *Copenhague* no existe, sus amigos daneses: "Háblanos de los vascos, desde aquí es un problema que no se entiende bien." (CNE, 79).

Ni desde allí, ni desde ningún lugar. A veces la perspectiva puede ser beneficiosa para apreciar el conjunto. Otras, resulta un obstáculo la distancia ya que la problemática se encierra en el carácter, en el modo de ser vasco. Hay en *La costumbre de morir* una escena que podría resumir esa impotencia de entender el problema vasco. En una de las páginas de la novela descubrimos que Ramondegui tiene un hermano retrasado al cual ocultan de la vista de amigos y familiares, "costumbre de rancio abolengo la de ocultar a los subnormales de la familia, si no se ven, no existen" (LCM, 134), así como Copenhague no existe, ni existen las gemelas de Júcar en *Copenhague* no existe. Ocultar al subnormal. Ocultar lo que pueda hacernos dudar de una familia, de una región, de un pueblo es tan característico, tan de cada día, que Raúl ha resumido en pocas palabras la respuesta que se les podía dar a los daneses que buscaban entender el problema vasco. Un pueblo que oculta su complejo de inferioridad en sus manifestaciones de poderío o en sus salidas terroristas o en sus cartas destructivas. Antes, en *Cacereño*, se decía de los vascos que "estos tíos son como los americanos, racistas pero demócratas" (C, 138) hoy, al publicarse *La carta* ¿lo único que se mantiene del *Cacereño*, es el racismo?. La democracia ha sido sustituida por una, a veces sutil otra abierta, manera de imponer su punto de vista. La característica de Garaialde, el "hombre que preside su cena con carisma de Mesías... es un señor feudal e impone la ley de su gusto, le gusta ser el centro de todo aquello en lo que participa y sólo tiene una religión, la del éxito, no admite la derrota, está chapado a la antigua... puede ser terriblemente desagradable si se le lleva la contraria." (LCM, 45). Características éstas que aunque personales en Garaialde las podemos identificar como representantes de lo vasco. Y si no hay reacción ante semejante actitud individual, de partido o de agrupación, es porque "al pueblo en el fondo le encanta el poder y por eso le baila el agua, se la bailamos, tiene un extraño atractivo personal (Garaialde)." (LCM, 45). Se podría pensar que una vez metidos en el cambio, el vasco podría haber progresado actuando con inteligencia y visión hacia el futuro. Pero, no. Mira hacia atrás, quiere reivindicar un pasado sin vivir el presente, sin proyectarse hacia el futuro y como resultado de

semejante actitud no le queda otro remedio más que dominar con el terror de amenazas, bombas inesperadas que acaban con inocentes víctimas. O envío de cartas cuyo mensaje hace enloquecer y huir desesperadamente en busca de un final a semejante opresión.

Al hablar de lo vasco no queremos decir que hay una manera exclusiva de ser vasco. José Miguel de Azaola dice en *El País Vasco* al hablar del unitarismo vasco: “cuando se considera que alguien o algo es vasco (como cuando se dice que alguien o algo es español, alemán o francés), hay que tomarlo como es, no como se cree que debe ser” (p. 439) idea que habrá que tenerla muy en cuenta en los dos lados de la contienda. Cualquier actitud que rompa la armonía de lo vasco en el vasco servirá para destruir el concepto que pensamos analizar. Porque “o bien se reconoce que su modo de ser es tan vasco (o español, francés o alemán) como cualquier otro, o bien se está dando un argumento de mucho peso para no considerarlo vasco, y hasta se está impidiendo que nos enteremos de lo que es.” (p. 439).

En la novelística vasca de Raúl no existen posiciones impositivas. Los personajes reflejan el modo de ser vasco y puesto que no hay argumentos de peso para grabar lo vasco en la mente del lector, las narraciones fluyen ligeras y por lo mismo se nos graban los personajes que son esencialmente vascos y que viven una particular época de la industrialización, del reciclaje profesional y sin por eso soltar amarras con la tradición. Las maneras han cambiado y “esperamos —dice José Miguel de Azaola— que no llegue el día en que se trate de imponer —como, desde hace ya tiempo, se trata de introducir— en el resto del País modos, modas y modelos tomados de una Prusia vasca, real o ideal, cuyo ejemplo deba seguirse por los demás, so pena de inautenticidad.” (*El País Vasco*, 440).

Esta idea es, sin duda, la que más se repite en las novelas de Raúl Guerra Garrido. Parece que hubiera miedo de perder la autenticidad de lo vasco. La mezcla de los venidos de fuera con los vascos parece destrozarse la pureza racial del vasco. Pepe, el cacereño; Luis el del Bierzo, ambos con extraordinario tesón han conquistado un puesto digno en el pueblo vasco. Su matrimonio con Itziar y con Edurne los acerca aún más a la esencia vasca. Maite, hija de Pepe, y Koldo y Nita hijos de Luis están ya más imbuídos en lo vasco que lo que los mismos vascos se pueden imaginar. Hasta Luis se enfrenta con su hijo Koldo que se acerca más a los grupos terroristas que su hermana. El matrimonio de Luis ha encontrado oposiciones y las encuentra ahora, al cumplir los cincuenta años, ahora, al recibir *la carta*. Pepe dejó Torrecasar para entrar de lleno en lo vasco, para convivir con lo vasco, para ser parte de lo vasco pero tanto él como Luis serán “inauténticos”, no serán vascos, a lo máximo, vascos de adhesión, vascos discriminados, vascos de segunda o tercera categoría. Hasta en *La mar es mala mujer*, donde el grupo de vascos y no vascos sale a la mar a ganarse la vida, aun en esa circunstancia, el vasco es algo diferente de los demás, un punto más arriesgado, un punto más *hombre*. Se dice en la novela que “Los hombres no lloran, los hombres de mar no muestran sus sentimientos, los hombres de mar vascos ni pestañean.” (MMM, 214). Gradualmente se llega al hombre duro e impasible, controladas todas sus emociones. Este es el vasco. No obstante es un vasco tangible, asequible. No es un ideal inalcanzable. Cada uno de los personajes de Raúl tiene los pies en la tierra. Hasta los dioses Lizarraga y Garaialde pueden en un momento determinado ser dominados por la fuerza e incluso enseñados en lo que nunca hubiera sido materia de su consideración, mucho menos de estudio. Antxón, el ídolo, el pesca supremo, baja a la tierra llevado de la mano de Ainara. Su fuerza, su experiencia, su superioridad sobre los demás pescas se vuelven humildes virtudes ante la presencia de su amante. Es la fuerza oculta, secreta y misteriosa la que juega con los sentimientos y la mente de las personas. En *La carta* no nos encontramos con una firma identificable, no podemos señalar a nadie, amigo o enemigo, como lo hacíamos antes con Lizarraga, Antxón

o Garaialde. *La carta* está enviada por “La actividad Militar Socialista Revolucionaria”, cobardemente anónima y al mismo tiempo desgarradoramente destructiva. Imposición por la fuerza. Anonimato lo suficientemente conocido como para saber a qué atenerse quien no siga al pie de la letra las instrucciones dadas. Estado vital angustioso por el que pasa el Pueblo Vasco y que queda reflejado en la narrativa de Guerra Garrido. Situación que refleja los hechos de los dos lados. No se trata de dar más valor a uno que a otro u olvidar los acontecimientos violentamente perpetrados por ambas facciones. No es todo blanco y negro como puede aparentar. Al hablar de la violencia se puede decir que es “una espiral como la del huevo y la gallina, no importa quién fue primero.” (LCM, 127). El hecho está ahí; la confrontación es evidente. Si Gorka en *La costumbre de morir* tiene como fin de su vida vengar la muerte de su padre asesinado a quemarropa, sin motivo especial, sólo por ser guardiacivil, Ramondegui expondrá por su cuenta los suplicios a los que fue sometido en la cárcel y sus consecuencias en su vida futura. “¿A quién no le ha marcado el odio? Por la época que dices yo era un joven loco —le dice Ramondegui a Gorka— de aproximadamente tu edad, simpatizaba con los independentistas de Euskadi, pero no era un activista y sin embargo me trincó la poli ... me marcó si así quieres llamarlo el hábil interrogatorio de la comisaría. Tres días sin comer ni dormir, de pie, firmes y en cuanto vacilabas la estaca ... La bañera, ya sabes, te meten la cabeza en un agua pútrida de mierda y orines hasta que te asfixias ... Pero recuerdo una frase, no se me olvidará mientras viva ... Canta pajarito, canta ... Te vamos a llevar hasta el borde de la muerte y te vamos a traer para atrás, te vamos a llevar y te vamos a traer. La madre que lo parió ... No sabes lo que es eso, el miedo, la impotencia, la humillación, me ahogaba el odio ... También me marcó, claro. Salí de la comisaría y ¿qué hice? Pasar a la lucha armada. Natural, ¿no?” (LCM, 168).

El odio es mutuo, las venganzas mutuas y muchas veces individualizadas. Horrores en ambos lados con la necesidad de crear un enemigo. Tener algo o a alguien a quien achacar los propios sufrimientos sea cual sea la categoría de los mismos estimula la lucha, la agresión, la violencia, el terror. La glorificación de la causa lleva a extremos irracionales y Gorka se los expone a Ramondegui: “era muy delicada la diferenciación de cadáveres en las noticias de primera plana, entre policía muerto y joven gudari asesinado hay una querencia racista que no podían disimular los periódicos abertzales, los Hernández se morían, los Hirigoyen se asesinaban,” (LCM, 171). Lo que aquí hace Raúl es no recalcar diferencias ni expresar favoritismos ni contrastar colores sino exponer los hechos que ocurrían en el País Vasco. Cambios radicales de activistas individuales e intransigentes como Ramondegui que quiere ya olvidarse del pasado y refugiarse en otros valores más tradicionales y seguros como la familia, “eres joven —dice Ramondegui a Gorka-Gonzalo— y tienes la sal de la tierra en tus manos, un trabajo y una mujer, dedícate a ellos, son lo único por lo que merece la pena luchar” (LCM, 173); o cambios de dirección en organizaciones ya establecidas como la ETA y cuya justificación es puesta en duda como declara un militante de EE: “El momento de retorno para ETA se produjo con la muerte de Ryan. Desde ese momento la lucha armada desapareció. Hoy es un movimiento antirrepresivo. Ha abandonado las luchas obreras. Ya no es una alternativa radical en términos políticos.” (*El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*, 73).

La aparente falta de fin feliz en las novelas de Raúl es precisamente porque no se da solución definitiva sino que hay multitud de matices que el autor capta en los distintos personajes o grupos conflictivos. “No soy un ensayista —dice Raúl a Angel Ortiz-Alfau— y lo que tengo que decir al mundo que me rodea lo digo en forma de novela, creo que en mi trilogía vasca, *Cacereño*, *Lectura insólita de ‘El Capital’* y *La costumbre de morir*, he dicho cuanto sabía y opinaba al respecto (RGG, 90). La trilogía es, en efecto, un espejo de la sociedad vasca en ebullición, en transición, en busca de nuevos horizontes aunque a veces el horizon-

te se achica por empobrecedoras ambiciones personales. Se lo explica así Raúl a Angel Ortiz-Alfau: “La sociedad vasca no es algo homogéneo, etnicofolkloricamente compacto, como muchos nacionalistas quieren hacernos creer confundiendo su ideal (que nunca existió) con la realidad y asimilando el concepto de vasco al de nacionalista.” (RGG, 91).

Por otro lado no es sólo el PNV el que quiere controlar y univivenciar la sociedad vasca. También hay otros grupos que quieren hacer lo mismo arguyendo su sincera actitud a favor del pueblo, del obrero. Así, por ejemplo, la ETA de la que dice otro militante de EE (Euskadiko Eskerra) que “hay personas que siguen con mentalidad franquista, creen que los años no han pasado, que aquí nada ha cambiado y, por tanto, que ETA sigue siendo necesaria. Hoy no se comprende muy bien qué pinta, yo creo que no se entiende el sentido de su lucha y que la inercia y la deuda histórica contraídas son más fuertes que la necesidad de su existencia.” (*El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*, 73).

Todo esto está dicho en la novelística de Raúl. El odio colectivo no puede durar mucho tiempo, se sacia y luego se deshace. Lo que es vital en la obra de Raúl es el odio personal en grado ascendente. De *Cacereño* a *La costumbre de morir*. Más dramático en esta última puesto que se enfrentan el ex-asesino y el futuro-asesino. Los recuerdos incitan al joven Gorka-Gonzalo mientras que a Ramondegui le llevan a la reflexión, al olvido del pasado para vivir el presente y crear el futuro.

Raúl ha creado una imagen representativa de esta circunstancia particular en la que ambos criminales y víctimas al mismo tiempo se ven rodeados de recuerdos y querencias. Momentos antes de que Gorka-Gonzalo da muerte a Ramondegui hasta la naturaleza se vuelve selvática: “Explota la naturaleza, el aire es una bestia que hierde a dentelladas, el sol una inmensa serpiente de fuego y del mar se elevan las brillantes medusas del odio.” (LCM, 178). Explosión de la naturaleza. Desahogo brutal de Gonzalo que ha ido almacenando rencor y odio durante dieciocho años. El aire es una bestia y deshace a dentelladas. El aire que da vida, que se le busca en momentos de ansiedad da ahora dentelladas mortales y hasta la luz del sol se transforma en inmensa serpiente venenosa. La naturaleza se animaliza haciéndose bestia feroz que oscurece la existencia. La figura de Gorka-Gonzalo con el pulso firme apretando el gatillo sin escrúpulo alguno, dando el tiro de gracia entre las cejas de Ramondegui tal como lo hizo éste al padre de Gonzalo es la imagen representada en “las brillantes medusas de odio”.

Sin inmutarse, sin vacilar un momento sale de la habitación Gorka-Gonzalo. Cumplida la venganza se sabe condenado a morir de la misma manera. Es una rueda que no para. Toda aquella sed de venganza “había sido una emoción y ahora, de golpe, una vez cumplida, se transformó en anécdota.” (LCM, 179). Raúl insiste en su narrativa en que la venganza no es el camino hacia la solución. Hay que buscar otro camino. Hay que convencerse de que “Se puede ser vasco y no nacionalista, algo completamente lógico (y deseable) en una sociedad moderna, urbana, variada, plural y muy compleja.” (RGG, 91).

He insistido, y lo hago conscientemente, en el papel de escritor-testigo que adopta Raúl en su novelística en general y en particular en la trilogía vasca y en otros comentarios salteados en su novelística total. Sin embargo hay que respetar, también, la posición individual que en determinadas ocasiones pueda adoptar el autor. En *La carta*, por ejemplo, aunque la narración corre por senderos de objetividad y situaciones perfectamente reconocibles, el tono de la novela deja entrever la oposición del autor a los hechos que llevan a Luis a su estado final. Es el mismo Raúl el que explica: “ante una situación injusta, el neutral no es más que un cómplice, hay situaciones en que no se puede ser simplemente testigo de su tiempo.” (RGG, 92).

Otra característica patente en la narrativa de Raúl refiriéndose a lo vasco, es el cinismo que con tanta frecuencia aparece en la vida diaria, sea de Lizarraga, de Garaialde, de Ramondegui o de cualquiera. Gorka en *La costumbre de morir* se rebela contra el cinismo a pesar de que queda en evidencia el hecho de que él mismo juega el juego de los que critica cayendo en el cinismo, cinismo inevitable quizás por considerar “hasta qué punto la humanidad no sobrevive gracias al cinismo.” (LCM, 116).

Garaialde, por ejemplo, y su campeonato de pala, el hombre victorioso por necesidad sépalo él o no lo sepa, es una variante clara del cinismo tanto del dios-vasco como de sus adoradores incondicionales. Gorka “piensa en la verdad de superman que el viejo impone a sus dominios, el fair-play es saber ganar y no importa cómo, nunca sabrá cómo lo consiguió hoy, pero ganó y esa es su verdad.” (LCM, 125). Esta actitud se observa no sólo en Garaialde, en Lizarraga o en Antxón sino también en Jucar y en Juan García Malo. Es precisamente el juego de Raúl. Sus héroes caen a veces del pedestal al que se han subido por voluntad propia y a expensas de otros o se han dejado instalar olvidándose de escrúpulos. “El héroe individual —se lo dice Raúl a Ortiz-Alfau— aveces logra el triunfo, pero es un triunfo aparente, la sociedad le ha permitido alcanzar el fin previsto, pero en los infinitos obstáculos del camino ha hecho demasiadas concesiones y así se suele dar la freudiana sensación de fracaso en el éxito, esta es una sensación que me encanta explorar, pues la considero clave para una interpretación lúcida de la sociedad de consumo, una sociedad de triunfadores que jamás han ganado batalla alguna o de gente que está de vuelta sin haber ido a ningún sitio.” (EGG, 72).

Con el cinismo, otra característica con la que juega Raúl es el doble plano, la dualidad que ha quedado ya mitificada en las gemelas de *Copenhague no existe*. Duplicidad que encanta a Raúl y que en el caso de lo vasco lo resume breve y claramente en el siguiente pasaje de *La mar es mala mujer*: “Cómodos en la sociedad gastronómica, primer hogar de veinte socios, quintaesencia de igualitarismo vasco, confraternidad para hombres solo, como un club inglés, pero con los faldones de la camisa por fuera, resumen de nuestras esencias duales, machismo y matriarcado, fábrica y caserío, monte y mar.” (MMM, 57). Las dualidades enunciadas aquí hay que tomarlas con el profundo simbolismo que conllevan y de esa manera se podrá interpretar de forma mucho más amplia y al mismo tiempo más profunda la esencia de lo vasco.

Raúl se ha identificado con lo vasco; conoce lo vasco con pasión y hay en sus declaraciones a Angel Ortiz-Alfau dos cosas que me llaman la atención y que simboliza la actitud de varios de los protagonistas de la narrativa de Raúl y al mismo tiempo su propia vida y experiencia en el mundo de lo vasco. Una, es el haber escogido el País Vasco porque su impresión “fue muy favorable, me gustó su espíritu de empresa, su sorprendente capacidad para organizarse colectivamente, el fenómeno de las cooperativas, por ejemplo, su seriedad en el trabajo y quien conozca mi respeto por el trabajo sabe lo que quiero decir, no hay personalidad que no se asiente en un trabajo serio.” (RGG, 52-53). La otra, el comentario que empalma perfectamente al Pepe de *Cacereño* y al de *La carta* y a tantos otros vascos de fuera que han echado raíces en el País Vasco y aquí, en el País Vasco, quieren permanecer porque “yo vivo en San Sebastián que es una de las ciudades más habitables del mundo y aquí me gustaría vivir hasta el final de mis días. Salvo que terminen imponiéndose los arcaizantes, claro.” (RGG, 54).

Lo vasco, pues, atrae a Raúl no por ser algo ajeno y por lo mismo folclóricamente incitante, sino por su identificación con el país y con sus hombres, con sus anhelos y problemática empeñado en analizar la situación presente y buscar los remedios adecuados para dar con la solución vasca a los problemas vascos, con la sinceridad de hombre vasco.

NOVELAS Y LIBROS MENCIONADOS POR ORDEN
DE APARICION Y ABREVIACION DE LIBROS CITADOS

Cacereño, novela de Raúl Guerra Garrido, 1970.

La carta, novela de Raúl Guerra Garrido, 1990.

Lectura insólita de 'El Capital', novela de Raúl Guerra Garrido, 1978.

La costumbre de morir, novela de Raúl Guerra Garrido, 1981 (LCM).

¡Ay!, novela de Raúl Guerra Garrido, 1972.

Hipótesis, novela de Raúl Guerra Garrido, 1975.

Pluma de pavo real, tambor de piel de perro, novela de Raúl Guerra Garrido, 1977.

El País Vasco, libro de José Miguel de Azaola.

La mar es mala mujer, novela de Raúl Guerra Garrido, 1987 (MMM).

Copenhague no existe, novela de Raúl Guerra Garrido, 1979.

El nacionalismo vasco a la salida del franquismo, de Alfonso Pérez-Agote, 1987.

Raúl Guerra Garrido, libro de Angel Ortiz-Alfau (RGG), 1989.